

lenguas y de todas las razas, en vez de las voces de odio, de furor y de venganza, regalaron mis oídos con cánticos de alabanza en loor del Cordero; y ví los esplendores de la nueva Jerusalén, bañada de nuevo en el sol de la verdad. Ya no ví á la bestia, ni al dragón, ni á ninguno de los insectos que formaban su corte; y sobre Jerusalén embriagada con los placeres de Dios, reinaba pacíficamente Jehová por medio del Cordero inmolado desde el principio del mundo. Y decían todos alabando y bendiciendo á Dios: ¡Gloria, bendición, alabanza al que ha sido siempre desde el principio del mundo, el primogénito de vivos y muertos, al que es principio y fin de todas las cosas! Y de las alturas del cielo se oyó un cántico universal de entusiasmo que decía: ¡Amén, así sea, gloria y honor al que vive por los siglos de los siglos!



## XXIV

### La Iglesia (sus luchas)

Conferencia predicada en la Santa Iglesia Catedral, en la  
misa ferial del 24 de marzo de 1876

*Portae inferi non praevalent  
adversus eam.*

*Las puertas del infierno no pre-  
valecerán contra ella.*

*San Mateo, c. XVI, v. 18.*

**L**A ley fundamental del catolicismo, mis hermanos, que ha presidido siempre á sus inmortales destinos, que la adorable sabiduría de Dios ha escrito en su cuna y en el prodigioso desarrollo de su historia, al través de los siglos, es la ley del abatimiento y de la humildad. Ley suprema é inquebrantable, según la cual el gérmen de la verdadera gloria se encuentra en la humillación; el principio de la fortaleza en la debilidad; el secreto del engrandecimiento en el infortunio; la verdadera fuente de los tesoros y de las riquezas en la pobreza y el principio de las más grandes y gloriosas empresas en el espíritu de sacrificio, que todo lo abandona, que todo lo renuncia, que desecha todos los medios humanos para poner únicamente la confianza del corazón en el brazo del Excelso. Ley admirable, que es como el fundamento de todos los designios divinos, puesto que se la encuentra en todas las obras de Dios,

tanto de la naturaleza como de la gracia; ley universal, impresa con caracteres indelebles en todos los monumentos que la sabiduría divina ha levantado á la gloria del Altísimo; ley escrita en todas las páginas de la Escritura Santa: “la fortaleza se perfecciona en la debilidad; cuando estoy más debil entonces me siento más poderoso”. Por el olvido de estos principios fundamentales es muy frecuente, mis hermanos, caer en graves errores acerca de la situación actual y del porvenir del reino de Nuestro Señor Jesucristo en este mundo, viendo abandonada á la Esposa del Cordero inmaculado, sintiendo el ruido de voces y armas enemigas que circunvalan por todas partes este fuerte armado de Dios, como lo llama el Evangelio, construído por su omnipotencia sobre los más altos montes; oyendo las voces de júbilo con que los enemigos celebran la victoria, viendo abandonada de todos á la Iglesia santa de Jesucristo; sintiendo y palpando la esterilidad de todos los esfuerzos humanos para restaurar en el mundo el reinado de los principios católicos; no me negaréis que un secreto desfallecimiento invade los espíritus y, sin darse cuenta de ello, como que asoma una profunda desconfianza, en lo más íntimo del alma, respecto del porvenir de la Iglesia. Parece realmente, ó que hubiera llegado la hora fatal de los últimos tiempos ó que espesas tinieblas envolviesen para las mentes cristianas los designios de Dios acerca del género humano, en los momentos actuales. Y sin embargo tales inquietudes, tales temores, tal alarma fruto son exclusivamente de no meditar acerca de la naturaleza de la vida militante de la Iglesia en el mundo, acerca del valor de las divinas promesas, acerca de los medios que la providencia ha empleado siempre en la larga historia de la Iglesia Católica, para sacarla triunfante de sus enemigos, en una palabra, mis hermanos, del olvido de la ley fundamental del cristianismo, que consiste siempre,

de una manera inquebrantable, en que Dios escoje lo más debil para confundir á lo más fuerte, se sirve de lo que no es para confundir á lo que es, levanta del polvo, de la nada, de la muerte, levanta los más poderosos elementos para confundir toda la soberbia y toda la fuerza del hombre; olvido que procede de la demasiada confianza en los elementos humanos y muy poca en el Dios que la ha fundado y la sacará victoriosa de sus enemigos. He ahí la explicación de las alarmas que más ó menos reinan en todos los espíritus. De tal manera pues, que aunque la situación presente de la Iglesia, no estuviera previamente descrita en las sagradas páginas y por tal motivo no fuera más bien que un principio de desconfianza, un fundamento de alegría, pareceme, mis hermanos, que la misma situación actual, que la misma conspiración de todos sus enemigos para aniquilarla y destruirla, si les fuera posible, que las mismas incertidumbres de sus hijos, que todo ese pavoroso conjunto de la situación actual, es en sí mismo un principio de esperanza para el hombre; y si no bastara á convenceros de ello el espíritu de la economía admirable del cristianismo, según el cual jamás gozó la Iglesia más de sus gloriosos triunfos que en los días de sus más grandes humillaciones, si no viérais, repito, el cumplimiento fiel de esta ley por la cual del abatimiento nace la alegría, de la debilidad de los elementos humanos la fuerza divina y sobrenatural de la gloria, podemos alentar nuestra fe y hasta ensayar un cántico de victoria, registrando los gloriosos desenlaces que en su inmortal Historia han tenido todos sus empresas. Vamos pues á registrar esas gloriosas batallas, á contemplar el espectáculo más digno de la reflexión de los sabios, esto es, las grandiosas y colosales luchas entre la Iglesia y la multitud de enemigos que el infierno ha sus-

citado siempre contra ella, desde el instante mismo en que nació de la llaga del costado de Cristo hasta el momento presente en que nos encontramos. Pedid á Dios la inspiración que necesito para tratar dignamente tan gran asunto; pedidlo por la intercesión de la Inmaculada Virgen María que ha sido siempre el escudo de los defensores de la Iglesia contra sus enemigos. *Ave Maria.*

La Iglesia no ha de vencer á sus enemigos, mis hermanos, ni por el poder de los ejércitos, ni por el prestigio de las prosperidades temporales, ni por el brillo seductor de las riquezas, ni por el esplendor de su dominación temporal en el mundo; error grave sería pensar que estos son los elementos de su victoria. No negaré yo, en verdad, que la admirable providencia que la gobierna, que la creó, que la libra siempre de sus enemigos y corona de victoria su inmortal cabeza, puede servirse de estos medios para preparar los caminos del triunfo, ya que su oculta y misteriosa influencia sobre los designios de la humanidad, por un secreto siempre adorable de su providencia, hállase encubierto con las empresas humanas, con el levantamiento ó caída de los imperios, con el engrandecimiento ó debilidad de las naciones, á fin de que su gloria, la gloria de su nombre sea siempre el secreto de los que lo aman, la admiración de los que lo conocen. El mundo pérfido é ingrato continúa obstinadamente en su ceguera sobre la intervención directa de Dios en los asuntos del hombre, sobre el encaminamiento de todos al único y supremo fin de completar el número de los elegidos. La Iglesia ha de vencer, mis hermanos, con los medios que ha vencido siempre, medios enteramente espirituales, que guardan relación con su divina misión en el mundo, medios que yo reduciré: á la proclamación de la verdad íntegra, en presencia de todas las audaces negaciones de la razón independiente; á la afirmación de lo sobrenatu-

ral, sin arredrarse por la osadía del materialismo; al ejercicio austero de las virtudes cristianas, en presencia de este materialismo grosero que, como devastador torrente, amenaza sepultar al mundo actual en sus cenegosas aguas; finalmente, á la práctica asidua de la oración constante que elevan al cielo manos suplicantes, contra todos los levantamientos de la soberbia humana, que dice por todos sus órganos, que el mundo no necesita de Dios.

Volved atrás los ojos, asistid conmigo al nacimiento del Cristianismo, contemplad la persecución suscitada en el primer momento de su vida militante en el mundo por todos los poderes de la tierra coligados contra él. En efecto, la sinagoga triunfó de Jesucristo; el Justo cayó bajo el poder de su cólera; la persecución urdida en las tinieblas de las conciliábulos de los fariseos, de los sacerdotes, de los escribas, estalló en el momento señalado y envolvió en su corriente al santo, al inocente, al justo; la calumnia oprimió su adorable cabeza; ninguna voz se levantó para defenderlo; la obra de los enemigos fué coronada con el más esplendoroso triunfo. Excedió y con mucho, ese gran triunfo á la previsión de los enemigos de Cristo, quienes jamás pensaron que á todo ese cortejo imponente de maravillas, de prodigios, de adhesión que rodeaban al Cristianismo naciente, había de suceder la apostasía más completa, la cobardía más infame, la dispersión más absoluta y que ni una voz se levantara en su defensa, ni el Dios del cielo manifestara de alguna manera, que la causa de ese hombre cobardemente sacrificado era su causa. Excedió] pues, el triunfo á su previsión: Jesucristo fué abandonado y calumniado; sus amigos lo dejaron y lo renegaron; su fama vióse arruinada, su doctrina desacreditada, su nombre lleno de oprobios, escarnecido, blasfemado,

puesto como testigo el cielo mismo de la injusticia de su causa, de la abolición de su doctrina. Sucumbió Cristo y al punto la sinagoga cantó victoria; nada se habla en Jerusalén de la nueva doctrina; los discípulos se escondieron en un apartado lugar para sustraerse, no solamente á las enemistades y murmuraciones públicas, sino también á las miradas de todos; si alguna vez se hablaba de Jesucristo en la ciudad deicida, era para renovar las blasfemias del Calvario; el estado esplendoroso de su resurrección no aparecía revestido de autenticidad alguna. Decían que el cuerpo había sido sustraído, porque habían sido sobornados los guardias; nadie hablaba ni se ocupaba ya de esa especie de delirio fugitivo. Sin embargo, pasan cincuenta días y del fondo de esa tumba en donde parecía sepultada con su autor la religión naciente, brotan rayos de luz; entre tanto, se multiplican los templos verdaderos; pescadores de Galilea salen á las plazas públicas á predicar al Crucificado en el Calvario; se espanta la sinagoga en presencia de tan inesperada, de tan contradictoria, por decirlo así, de tan absurda maravilla. Todos se preguntan unos á otros ¿qué es lo que pasa? ¿Qué especie de divino prestigio tiene esta doctrina destruída ya, desacreditada ya, que puede levantarse de nuevo? El resultado es, mis hermanos, que los apóstoles predicán á Jesucristo; atestiguan su resurrección; hablando una sola lengua, son entendidos por todas las razas y por todos los peregrinos que habían acudido á Jerusalén de las regiones circunvecinas; los prodigios brotan bajo el poder de su diestra; son curados los enfermos, resucitados los muertos, vuelto el movimiento á los paralíticos y los apóstoles pueden proclamar el nombre de Jesucristo Crucificado y al punto, lo que no había sucedido con el Salvador, la muchedumbre se convierte. la sinagoga se estremece, pierde el juicio no acierta

con la resolución que deben adoptar para contrariar la nueva tormenta que amenaza sepultarla, y no pasó un año, sin que al frente del Calvario, en la montaña que fué teatro de las agonías y muerte de Jesús, en una cima gloriosa se levantara el primer templo cristiano, donde sus propios enemigos, sus propios verdugos fueron á adorar de hinojos á Cristo Crucificado, mientras que la sinagoga perdida, sin base, sin apoyo, sin luz, sin guía, rodeada de tinieblas por todas partes, no hallando como descifrar las Escrituras santas, encontrando que un ángel del Señor mantenía cerrados los libros para ella, porque había sido traidora á su misión, la sinagoga, repito, entra en el período de sus agonías, comienza la dispersión del pueblo y pocos años más tarde, los ángeles del cielo mensajeros de la justicia divina, esparcen por la ciudad desde el hombre hasta los animales la muerte y la destrucción; cae en escombros el grandioso templo, las águilas romanas baten sus poderosas alas sobre la ciudad cambiada en un montón de ruinas, y cuyos restos vandejando á Jerusalén convertida en un cementerio en donde sacian su hambre los cuervos, y desde entonces van errantes los judíos por el mundo, proclamando que Dios se complace en perder siempre la prudencia de los prudentes.

Después de que una inmensa desgracia presida á la cuna del cristianismo, la desgracia de que muriera su fundador, cuando aún no se había desarrollado siquiera su doctrina, ni se había plantificado, ni se habían echado los cimientos al inmortal edificio de la Iglesia, nuevas desgracias la persiguen, nuevos enemigos la cercan. Tierna aún la Iglesia Católica, cuando comenzaba á dar signos de su fecundidad admirable, que canta en el antiguo testamento Isaías, anunciando la esterilidad de la sinagoga y prometiendo á las generaciones venideras la fecun-

didad siempre nueva y siempre eterna de la hija del Salvador ¡oh! cuántos y qué formidables enemigos se levantan en el imperio romano; porque habéis de saber, mis hermanos, que esos doce pecadores de la Iglesia, ignorantes, oscuros hijos del pueblo, sin ciencia, sin riqueza, sin poder, sin autoridad, sin prestigio, sin elementos humanos de ninguna especie, han emprendido la insensata, loca, temeraria empresa, de conquistar para Jesucristo el imperio de los romanos, cuando sus victoriosas águilas recorrían coronadas de victoria por todos los horizontes, cuando toda cabeza se humillaba bajo el yugo de Roma, cuando toda filosofía se inspiraba en su escuela, cuando la religión tenía altares en sus templos, cuando el paganismo, en fin, con la fuerza del número, con el prestigio de las riquezas, con el valor de sus ejércitos invencibles, con la adhesión profunda de sus pueblos, con el culto de todas sus pasiones, con todo este conjunto de circunstancias hacía del Imperio el más temible y poderoso enemigo contra el que pudiera luchar el hombre y cualquiera institución humana; pero los apóstoles lánzase solos sin recursos de ninguna especie, á conquistar los pueblos y las naciones paganas. Naturalmente, á su tenacidad, á su obstinación, corresponde ese estallido de tedio, de guerra, de persecución, que jamás comprenderá suficientemente la razón humana, porque es preciso, tener la escrutadora mirada de Dios, que registra hasta los abismos del corazón para saber y entender de cuántas maquinaciones, de cuántas intrigas, de cuántos ardises capaz el corazón del hombre inflamado por el odio, movido por ese sentimiento humano, que apaga todas las luces de la razón y que destroza, casi por completo, la imagen divina en la conciencia humana. Pero lo que sabemos, mis hermanos, basta y sobra para comprender la terrible guerra movida por el enemigo poderoso de la Iglesia naciente. Discurriendo humanamente

¿qué medio había más adecuado, más natural, más certero para destruir la nueva religión que oponer doctrina á doctrina, enseñanza á enseñanza, recompensa á recompensa, amenazas á amenazas? Aquella ni tenía la eficacia ni era propia de esa generación cruel que gozaba con los espectáculos de las luchas de las fieras y de los hombres, que mantenía en la más abyecta esclavitud al hombre y que había borrado las leyes de la divinidad haciéndolas consistir únicamente en el poder, en el éxito, en los placeres; pero echaron por el camino más corto que era matar á los pontífices, atormentar á los obispos, algo más, para eterna confusión suya, para imperecedero baldón del paganismo, apoderarse de mujeres, niños, jóvenes, ancianos, sin respeto ni al brillo de su cuna, ni al honor de sus precedentes, ni á la debilidad de su sexo, ni á la magestad de sus personas, herirlos implacablemente; no sólo condenarlos á muerte, sino ejercitar en ellos como una sangrienta fiera, el artificio de los tormentos, las prolijidades de la crueldad, las satánicas industrias que el demonio en toda su rabia y odio puede sugerir para experimentar la sensibilidad de esas víctimas, que sustentaba el poder de Dios, que confesaban á Jesucristo en los tormentos, que no manchaban su nombre y que después de completar esa carrera de victoria que nuestro Señor había determinado en sus altos designios, exhalaban como blancas palomas sus purísimas almas, para cantar al Rey de la virginidad las alabanzas y los himnos inmortales de las vírgenes.

Tres siglos duró esa persecución que no ha vuelto á repetirse más en la historia de la Iglesia; tres siglos en que corrió á torrentes la sangre cristiana; tres siglos en que verdaderas tinieblas envolvieron la cuna del cristianismo; tres siglos que terminaron por la más grande victoria, según el sentir de esos tiempos, del paganismo sobre la religión naciente. Al fin

dijeron los filósofos á los grandes de su época: "hemos agotado la paciencia de los cristianos, hemos arrancado las últimas semillas de este árbol de maldición, al fin no resuenan ya las alabanzas del ajusticiado del Calvario, al fin ninguna nube oscurece ya el horizonte de nuestra gloria, al fin podemos levantar en la esfera de nuestra historia un monumento inmortal que anuncie á las venideras generaciones el más grande triunfo de las águilas romanas, el triunfo del paganismo sobre la religión naciente. Sí: coronemos, se decían, á los inmortales Diocleciano y Maximiano, levantémosles en el centro mismo de Roma un monumento en el que esté escrita esta única y gloriosa inscripción "por haber borrado de la tierra el nombre del Cristianismo".

¡Oh gran Dios! ¿Será cierto que la Iglesia nacida en tu Costado divino, sustentada con el pan de tu palabra, alimentada en la fe de tus promesas, dirigida siempre por tu soberana asistencia, desde el momento mismo en que la dejaste militando bajo la bandera de los Romanos, sucumbió acaso bajo la espada de los mismos? ¡Nó! En ese momento de insolente triunfo de los enemigos, vino Constantino; el signo de la redención rodeado de esplendor brilló en el cielo. Un ángel le anunció que era la prenda de paz, de prosperidad verdadera, de ventura para el porvenir y el único signo de salvación y de vida. Constantino al punto comprendió que Dios había unido singularmente su Iglesia al Imperio, y que la cuna de la civilización cristiana debía ser mecida por sus manos. Conviértese al cristianismo; y la soberbia humana no vió, no llegó á ver, mis hermanos, ese monumento que como otra torre de Babel debía publicar la obra de la iniquidad; antes al contrario, el bronce de las estatuas, las apoteosis del mal sirvieron para fundir las estatuas de los apóstoles y de los mártires; y un siglo más

tarde ¿quién lo habría creído? Roma pagana, la metrópoli del imperio, la reina del mundo, el teatro de los placeres, el templo de todas las divinidades del mal, era Roma cristiana donde se asentaba para siempre la inmortal cátedra del pontificado, su solio era venerado con amor por los peregrinos del mundo, y nacía para no morir nunca la civilización cristiana creada por los pontífices, fundada por ellos, salvada por ellos, en este naufragio en que las embravecidas olas de la impiedad y libertinaje, han amenazado sumergirla tantas veces.

Saludad la aurora de ese triunfo, porque hoy nos hemos limitado á fundar, comparándolo con el pasado, sólidas esperanzas para el porvenir. Pero al fin no os dejaré sin preludear siquiera ese triunfo, porque, mis hermanos, al fin de todo ¿qué es lo que pueden estos enemigos coaligados? ¿Cuáles son estos enemigos? Penetremos en el fondo de las cosas, penetremos en la sustancia misma de esta lucha gigantesca: en un lado, la mentira, el fraude, el error en su más variada y abominable forma; de otro, la verdad eterna, inmortal, coronada siempre de nuevos esplendores, que tiene promesa divina de ser inmortal, mientras que el error la tiene de muerte; porque, persuadíos, mis hermanos, el error engendra siempre la muerte y el mal sólo vive el tiempo que dura el morir, ha dicho el Espíritu Santo. ¡Sí! ¿Cuáles son las armas de los enemigos de la Iglesia? Pasiones, discordias, venganzas, el apetito desordenado de los placeres, el amor á un engrandecimiento injusto, la ambición desordenada de poderío, la codicia que quiere las riquezas para vivir holgadamente, regaladamente en el mundo. Y esta obra de las pasiones humanas que se chocan entre sí, que se disuelven en esa lucha cuyos intereses son encontrados siempre ¿cómo podrá triunfar contra la mansedumbre, contra la fortaleza, combatir contra el amor de los bienes celestiales, contra el celo apostólico